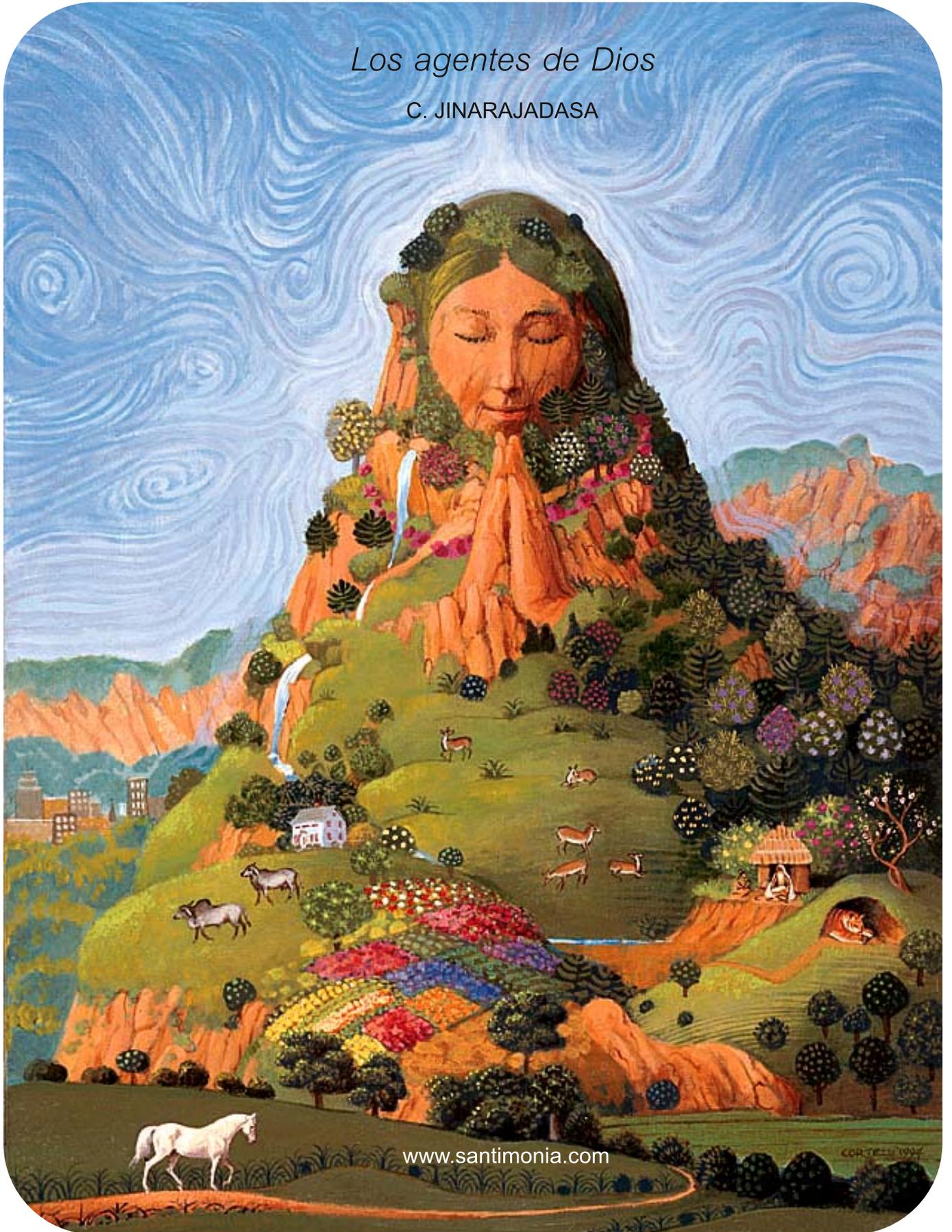


Los agentes de Dios

C. JINARAJADASA



Los Agentes de Dios: Los Niños

**Cuarta Conferencia dictada por el Dr. Carlos Jinarajadasa
Lima, Perú 1938**

La época en que vivimos es notable por el gran número de actividades colectivas que aspiran a regenerar la Humanidad. Hay hoy día más idealistas y reformadores que tal vez hubo en cualquier época pasada. En todos los países, hombres y mujeres de alta calidad sienten la vocación de salir de su limitada esfera de actividades egoístas y entregarse a la tarea de abolir la pobreza, la ignorancia y la enfermedad en orden social, o a trabajar por la libertad y la democracia en el orden político. Por todas partes se trabaja en la reconstrucción del Mundo.

Entre los muchos planes de reconstrucción sabemos todos que la Sociedad de las Naciones tiene por programa llegar algún día a la abolición de la Guerra y consolidar la Paz sobre la Tierra. Tanto si creemos que la Sociedad de las Naciones logrará sus fines como si no, no podemos hacer caso omiso de su labor.

Ahora bien, por grande que sea esta labor, se está realizando otra todavía más importante de la cual la mayoría de las gentes no se han enterado siquiera. Y no se han enterado, porque los informes de Prensa son escasos sobre el particular, y porque los que a tal labor se dedican no gustan hablar de sí mismos.

Me refiero a la obra en Pro del Niño.

En la mayoría de los países existen hoy corporaciones dedicadas al bienestar de los niños, que bastarían para revolucionar completamente la civilización con tal de reunir el dinero necesario para su acabado desenvolvimiento. Hay dinero para ejércitos y armadas, pero poco para beneficiar a la infancia; y sin embargo, nadie ignora que como sea hoy el niño, serán mañana la Nación y el Estado. Si los niños crecen en la ignorancia y el abandono, no cabe duda que la política del futuro Estado será mezquina, antipática y grosera, pues los niños ignorantes y abandonados de hoy serán los estadistas de mañana.

Las necesidades de los adultos abruma de tal manera a los estadistas y políticos, que dejan a los niños fuera de su campo visual. Generalmente el Ministerio de Instrucción Pública es la cenicienta de los Ministerios que forman el Gabinete de cada país. Si algún Estado presta la atención necesaria a la Educación de los niños, tal Estado es una excepción.

La falta de visión que en punto a las necesidades de los niños suelen tener aún los más eminentes estadistas, se advierte en un incidente ocurrido a Pestalozzi, nacido en Suiza en 1746 y muerto en 1827. Con razón se le puede llamar el Padre de la Pedagogía racional. No solamente tenía Pestalozzi claro concepto de lo que podría ser el niño feliz y sano, sino que sacrificó sus recursos, sus energías y toda su vida, para introducir la nueva era del Niño. Tan contagioso era su entusiasmo que de todos los países de Europa acudían pedagogos a estudiar su sistema.

Pestalozzi estaba en París, en 1802, cuando Napoleón era dueño de Francia. Napoleón no era únicamente un gran capitán conquistador, sino también hombre de vastísimos ensueños en pro de la civilización. Promulgó el llamado "Código de Napoleón", que en materia jurídica es aún la base legal de muchas naciones europeas. También fue Napoleón el primero que hablo de los Estados Unidos de Europa. Pestalozzi conoció personalmente a Napoleón e hizo cuanto pudo por interesarle en un proyecto de Educación Nacional para Francia. Pero Napoleón respondió: "¡No me queda tiempo para dedicar al alfabeto!". El gran Napoleón sólo veía en Pestalozzi un maestro de escuela que deliraba por los muchachos y proponía lo que, al parecer, sólo eran triviales modificaciones en el plan educativo de entonces.

Pero imaginemos por un momento que Napoleón, habiendo comprendido a Pestalozzi, lo nombrara Ministro de Instrucción Pública y pusiera a sus órdenes un grupo de pedagogos dispuestos a reconstruir la nación francesa con el nuevo tipo de niño establecido por Pestalozzi. ¡Cómo sería hoy la nación francesa!. Pero Napoleón estuvo ciego ante una gran oportunidad, como la mayoría de los estadistas contemporáneos están ciegos ante los numerosos proyectos referentes a la infancia. No obstante, las mudanzas hasta hoy efectuadas en la educación de los niños presagian más amplia y radical transformación de la sociedad actual que la proveniente del fascismo, comunismo, socialismo, radicalismo y todos los ismos juntos.

En esta revolución ya iniciada, y que un día se extenderá y dominará el mundo entero, sobresalen los nombres de tres insignes precursores cuyo pensamiento dirige la gran revolución: Pestalozzi,

Froebel y Montessori. Estos pedagogos tratan de la trina naturaleza física, mental y emocional del niño.

Pero antes de hablar de ellos he de referirme a la espléndida labor que en algunos países se está realizando en pro de la naturaleza física del niño. Los cuidados prenatales y postnatales que se prodigan a la madres, las casas de maternidad, clínicas, dispensarios y hospitales para niños, colonias veraniegas, tribunales de menores y tantas otras instituciones dedicadas al bienestar de la madre y del niño merecen toda alabanza y apoyo. Si me limito a considerar al niño como entidad psíquica, no es por desconocimiento de la magnífica labor que se realiza en los campos antes mencionados. El hecho de que Municipios y Estados hagan algo – aunque infinitamente menos de lo necesario – por el bienestar material de la Madre y del Niño, indica que ha despertado la conciencia colectiva.

No es posible construir un edificio sin trazar antes los planos. El pensamiento del arquitecto es más importante que los ladrillos y el mortero. De la propia suerte es más importante el concepto del niño como entidad psíquica que la atención que se preste a su Naturaleza física. Desde luego que ambos conceptos están íntimamente relacionados; pero si se parte del verdadero concepto del niño, todo cuanto se haga para su bienestar físico se desenvolverá hacia un fin sabiamente predeterminado. Pestalozzi, Froebel y Montessori son insignes revolucionarios porque enfocaron su atención en el niño como Alma, como Ser Psíquico y Espiritual. Los profundos cambios que sus sistemas han producido en la Educación obedecen precisamente a su punto de vista místico opuesto al concepto materialista del niño.

Pestalozzi descollará siempre entre todos los reformadores porque amaba al niño. No lo consideraba como un problema pedagógico, sino como una Manifestación de Dios.

Así, consideraba a su propio hijo y formulaba esta plegaria: “Mi hijo será algún día mi Juez. ¡Oh! Dios, ayúdame para no manchar con mal alguno un Alma tan pura”. Y percibía el misterio espiritual del niño al decir: “Los ojos de estos ángeles son el más íntimo gozo de mi Vida”. Tanto amaba a los niños que ellos correspondían a su cariño, aún cuando los castigaba para su bien. Era tan completa su compenetración con los niños que ellos mismos reconocían que merecían castigo cuando se habían portado mal.

Entre los muchos postulados pedagógicos enunciados por Pestalozzi debería inscribirse en el frontispicio de todas las Escuelas Normales el siguiente:

“No hay materia de enseñanza que valga un ardite, si deprime y entristece el ánimo”.

El vivo y radiante amor de Pestalozzi a los niños le inspiró otro postulado pedagógico, a saber:

“La enseñanza no es lo primordial en la Educación. Lo primordial es el Amor. Porque el Amor es la eterna emanación de la Divinidad en nosotros. Es el punto céntrico de toda educación.”

Las modificaciones que un buen sistema de Educación produce en el niño, no derivan del sistema, sino del maestro. Pestalozzi inició su labor con niños indigentes y casi todos huérfanos, cuyas facultades no se había preocupado nadie de despertar. Sobre el sistema que empleaba para educarlos dice:

“No conocía yo ningún sistema, ningún método, ningún arte que no partiera en la forma más sencilla de mi Amor a los niños. Estaba convencido de que mi cariño cambiaría la condición de los niños tan rápidamente como el sol primaveral despierta a la vida la tierra después del sopor del invierno. No me engañaba; antes de la nieve desapareciera completamente de nuestras montañas mis niños estaban cambiados a tal punto que no se reconocían”.

Froebel empezó como ayudante de Pestalozzi y más tarde añadió ideas propias sobre la Educación de los niños. Pestalozzi partió del concepto de que las facultades del niño se desarrollan por el ejercicio. Inventó sistemas de enseñanza en los cuales se estimula continuamente el interés de los niños. A esto añadió Froebel la idea de que la primera preocupación del maestro ha de ser despertar en el niño la actividad voluntaria. Froebel ideó los Kindergarten, en los que el maestro es el jardinero, y el niño, como planta humana, espontáneo, libre y feliz. Es sin duda alguna lo que el niño debería ser, no el niño sentado en un banco en fila “como hileras de mariposas atravesadas por un alfiler”, como los comparó la Dra. María Montessori, dirigidos todos sus gestos por el profesor imbuido de la idea de que el temor es inseparable de la disciplina y la instrucción.

La mayoría de los padres que mandan a sus hijos a los Kindergarten, y tal vez la mayoría de los maestros que dirigen, no se percatan de cuán profunda filosofía de la vida concibió Froebel respecto al niño. Froebel estudió cuanto pudo de todos los aspectos de la Vida y la Naturaleza, Ciencia, Filosofía y Arte, a fin de abarcar la Unidad de la Naturaleza. Para él la Educación representaba el Sentimiento de la Unidad de la Creación y el Conocimiento de Dios. Por esto dice:

“En la Creación, en la Naturaleza, en el Orden mundo material y en el progreso de la Humanidad, Dios nos ha dado el modelo de la verdadera Educación”.

Para Froebel, el único Hombre feliz, el único ciudadano que vive rectamente es el que, por decir así, se mantiene en el centro de todas las cosas de la Tierra y del Cielo. Para la Felicidad del Hombre y del Ciudadano es necesario empezar por el niño. La finalidad de los Kindergarten no era

sencillamente establecer lugares donde los niños aprenden en feliz actividad, sino sitios donde empiecen a conocer con sus sutiles sentimientos la Unidad del Hombre con la Naturaleza y con Dios.

Entre los tres revolucionarios mencionados, Pestalozzi, Froebel y Montessori, sobresale ésta última porque ha realizado una labor de mayor alcance. En los días de Pestalozzi y Froebel no eran los conocimientos en todos los órdenes tan amplios como el conocimiento del Hombre y de la Naturaleza que le sirvió a la Dra. Montessori de punto de partida para su labor.

Montessori parte de un axioma que revoluciona el tradicional concepto del niño que lo considera como un simple ser viviente, sin carácter ni conocimiento con qué principiar la Vida; y por lo tanto, la tarea de padres y maestros consiste en imprimir lentamente ese carácter en el niño. Pero el primer axioma de Montessori es que cada niño tiene ya su carácter y una conciencia dispuesta a funcionar con tal de que reciba el adecuado estímulo. No es el niño un pedazo de arcilla que con nuestras manos vamos a moldear en la forma que amorosamente imaginamos. El niño tiene ya su forma propia, su propia individualidad y sus propias energías potenciales. Por consiguiente, la Educación no es algo que hacemos por el niño, sino más bien algo que nos abstenemos de hacer, a fin de no estorbar su individual crecimiento. Para ello conviene primordialmente que comprendamos que el niño es un Misterio, un secreto que hemos de descubrir. Así dice Montessori:

“He aquí la finalidad de la Educación: primero descubrir al niño, y liberarlo”.

La “Liberación del Alma del Niño” pasa a ser el tema de la Educación; y ello significa, no tanto enseñar al niño lo que no sabe, ni enseñarle lo que no quiere saber, como guiarle hacia la expresión de lo que ya sabe. No es que los padres no quieran a sus hijos ni que los maestros preparados en las Escuelas Normales no tengan el vivo deseo de ayudar al niño. El error está en que se parte de un concepto equivocado del niño, como cantidad inerte que se ha de despertar a la Vida y la Comprensión.

Pero Montessori enseña que el niño, aún en la primera infancia, está deseoso de despertar y comprender: algo más, procura e intenta comprender y actuar. Estos esfuerzos del niño son mal interpretados y padres y maestros los embarazan y en su deseo de ayudar amorosamente al niño, entorpecen y aún desvían su natural desenvolvimiento.

Ahora bien, la madre Naturaleza dispuso en la matriz materna un ambiente adecuado par el embrión físico del niño. Mas el niño tiene también un embrión psíquico. El deber de padres y maestros consiste en proporcionar ambiente adecuando a la naturaleza psíquica del niño.

El método Montessori se distingue por el énfasis que da a la Vida psíquica del niño. Muy bien dice Montessori:

“El paso adelante que se ha dado en el cuidado del niño es que no solamente se tiene en cuenta su vida física, sino también su vida psíquica. A menudo se repite ahora que la Educación ha de empezar al mismo tiempo que la Vida”.

Montessori demuestra que con frecuencia los adultos impiden el desarrollo psíquico del niño. Le imponen su patrón y se esfuerzan en obligarle a amoldarse a él. ¿No habéis visto alguna vez a una madre o a una nodriza llevando a un niño de la mano y andando a su paso normal como persona adulta, mientras el pequeñín precipitaba sus pasos para alcanzar a la madre o nodriza?. Esto es lo que ocurre en todo. Los mayores tenemos un ritmo propio para todo, en nuestros movimientos, pensamientos y sensaciones. Absortos en nuestro ritmo habitual, no nos damos cuenta que el ritmo del niño es totalmente distinto.

Una notable característica del sistema Montessori es que en la misión del maestro entra una mínima parte de enseñanza, en el sentido que corrientemente se da a esta palabra. Se ha estudiado el ritmo del niño en su psicología, las formas de desenvolvimiento de su conciencia, Ciencia toda que el maestro debe aprender. Pero la función del maestro consiste en proporcionar al niño el material que necesita para su estudio, estudio que él mismo organizará. El estudiará por su cuenta y en la forma que más le atraiga o que le resulte más fácil. El maestro no dice: “Niños, ahora vamos a hacer tal cosa”. En primer lugar, no se exige que todos los niños hagan lo mismo; y en segundo lugar, el niño no necesita que se lo digan. Tiene un gran deseo de actuar, pero de hacer lo que él se propone, no lo que el maestro propone. No cabe una exposición más categórica del sistema que la que hicieron los propios niños de una escuela Montessori con esta frase: “Ayúdame a hacerlo yo solo”.

Solemos quejarnos de que tal o cual niño es distraído, desobediente y revoltoso; pero esto proviene de que no le hemos ayudado a encontrar lo que le interesa. Dice Montessori:

“Cuando los niños hallan lo que les interesa, desaparece la indisciplina como por encanto, y cesa por completo la falta de atención mental”.

En el método Montessori es requisito indispensable que el maestro o maestra, padre o madre, tengan lo que la Doctora llama “la Humildad Espiritual” que nos predispone a comprender al niño”. Cuando el maestro tiene una “actitud mental negativa” respecto del niño (1), actitud libre de prejuicios referentes a la naturaleza infantil, su mente se pone en un estado que, como dice Montessori, “predispone al estado de iluminación que permite recibir la Divina Inspiración”, Así

como San Francisco de Asís en su simplicidad y negativa actitud mental predicaba a los pájaros, los cuales según la leyenda movían sus cabecitas como si comprendieran la prédica, de la propia suerte la maestra Montessori, por su actitud mental negativa llega a las fronteras de la Santidad, con la característica iluminación propia del santo.

Contra mi deseo no puedo extenderme más sobre al método Montessori; pero quiero llamaros la atención sobre uno de sus aspectos. En los últimos años María Montessori no solamente está cercana a la santidad, sino que empieza a ver al niño con los ojos místicos de los santos, tanto del Cristianismo como del Hinduismo, pues en ambas religiones encarnó Dios en forma del Divino Niño, Jesús en el Cristianismo y Krishna en el Hinduismo.

Ahora bien, una extraña circunstancia que mi personal experiencia atestigua su realidad, es que al amar a los niños vemos a Dios de un nuevo modo; y recíprocamente hay una modalidad del Amor a Dios que nos mueve a amar a los niños. No es por tanto extraño que Montessori diga: "El maestro ha de procurar ver al niño como Jesús lo veía". Y ¿cómo veía Jesús al niño?. Ya conocéis el pasaje:

"Y le presentaban niños para que los tocara; y los discípulos reñían a los que los presentaban. Y viéndolo Jesús, se enojó, y les dijo: Dejad que los niños vengan a mí y no se lo vedéis, porque de los tales es el Reino de Dios. De cierto os digo, que el que no recibiere el Reino de Dios como un niño, no entrará en él. Y tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía".

(Marcos 10: 13 – 16).

Recuerdo una hermosa frase que Montessori tuvo conversando conmigo: llama al niño "un piccolo Mesías", "un pequeño Mesías". Este es el maravilloso concepto del niño como revelador de los Misterios de Dios que ella se esfuerza repetidamente en explicar en su último libro titulado "El Niño". Terminaré esta parte de mi conferencia con tres citas más de este libro. Escuchad sus palabras:

1. "Hay algo de místico en la idea de que el diminuto infante tiene vida mental. Esta idea podrá movernos a contemplar al recién nacido con la misma actitud que en religión contemplamos al Niño Jesús, como encarnación de Dios presente en el diminuto cuerpo. Así como podríamos imaginar que el tierno o indefenso cuerpecito del recién nacido esconde un alma humana, ya más o menos evolucionada, ya desarrollada y sensible, aunque muda".
2. "Nadie hubiera podido prever que el niño encerraba en sí un secreto de la vida capaz de levantar el velo que oculta los misterios del alma humana; ni que representaba un factor desconocido, cuyo descubrimiento permitiría al adulto resolver problemas individuales y sociales".
3. "Del vívido relato de los Evangelios se desprende que debemos ayudar al Cristo oculto en el pobre, en el preso, en el afligido. Pero si parafraseamos la maravillosa escena aplicándola a los niños, veremos que Cristo ayuda a todos los Hombres en la forma del niño:
 - Te amaba y vine a llamarte por la mañana, pero me rechazaste **(2)**.
 - Señor, ¿cuándo viniste a casa por la mañana a despertarnos? ¿Cuándo te rechazamos?
 - El niño de vosotros nacido que vino a llamaros era yo. El niño que os suplicó que no le abandonárais, ¡era yo!
 - ¡Cuán necios somos! ¡Era el Mesías!. Era el Mesías que venía a despertarnos y a enseñarnos a amar; y no supimos ver otra cosa que la travesura de un niño y así hemos extraviado nuestro ánimo".

Ya dije que Pestalozzi inició una gran revolución en el trato con los niños. Después vino Froebel, y ahora Montessori nos muestra el camino hacia profundas reformas. ¿Se descubrirá algún día un concepto del niño aún superior al de Montessori? Yo digo que sí: nosotros los teósofos, que estamos trabajando en pro de los niños, tenemos mucho que agregar a la obra actualmente realizada por otros.

Probablemente ignoráis lo mucho que los teósofos llevamos hecho en el campo de la Pedagogía. Existe en la actualidad una importante organización llamada "Nueva Fraternidad de Educación". Se ha propagado por la mayoría de los países de Europa y de Norte América, y casi todos los más notables exponente de pedagogía son sus principales propulsores o forman parte de sus Consejos Directivos. Publica una revista en tres idiomas y ha celebrado congresos en las principales capitales de Europa, los dos últimos en Sud Africa y Australia. Pero este poderoso movimiento en pro de la Nueva Educación nació en Inglaterra a impulso de un grupo de teósofos que crearon la "Fraternidad Teosófica de Educación". Por entonces unos cuantos teósofos pudientes dedicaron muchos miles de libras Esterlinas a la implantación y sostenimiento de escuelas experimentales establecidas por la citada Fraternidad. Hoy los teósofos sostienen escuelas de la Nueva Educación en distintos puntos de la India, una en Australia y otra en Nueva Zelandia, pues uno de los primeros frutos del estudio de la Teosofía es la comprensión del niño desde un nuevo punto de vista.

Nuestra contribución especial a favor de la Educación de los niños se halla muy bien descrita en una frase del último libro de la Dra. Montessori:

“Hay una parte del Alma de los niños que permaneció desconocida siempre, pero que debe ser comprendida”.

En nuestro trabajo, nosotros aspiramos a descubrir esa parte no descubierta en el Alma del niño. Nosotros dividimos la Educación del niño en dos partes: primera, la Educación visible que da en la Escuela; y segunda, una educación invisible dada al niño por padres y maestros. Ellos desconocen que están realizando esto, pues lo están haciendo inconscientemente y en forma invisible para ellos y el niño.

En nuestros días, todos comenzamos a comprender el significado de la palabra “vibración”. Nuestra radio, cuando la afinamos a cierta extensión particular de onda, nos está enseñando que oímos sonidos, únicamente porque existen ondas que han sido generadas en la atmósfera invisible llamada el éter.

No solamente lo invisible ha sido descubierto por la Ciencia, sino que lo invisible es usado por la Ciencia para proporcionarnos beneficios. Voy a recordar la forma como se utiliza lo invisible en la Agricultura. Las plantas necesitan para su crecimiento, la tierra, el agua y también la luz del Sol. Hay ciertas vibraciones en los rayos solares que son absolutamente imperceptibles para nosotros, porque no afecta nuestra retina como color. Estos son los rayos infrarrojos y ultravioletas. Si concentramos los rayos infrarrojos en las raíces de una planta, o ciertos rayos ultravioletas en las hojas, obtendremos un notable aceleramiento en el crecimiento de la planta, que no sería posible con la privación de la ayuda que prestan estos rayos invisibles.

Existen también rayos invisibles que pueden ser peligrosos para nuestras vidas: los rayos X, por ejemplo, que afectan las células vivientes, especialmente las células de reproducción. Los rayos X eliminan en cierta forma misteriosa el factor reproductivo de la célula. En los momentos actuales se llevan a cabo experimentos de laboratorio a fin de descubrir la naturaleza de los “rayos cósmicos”, rayos que poseen un poder de penetración mucho mayor que el de cualquier otro rayo, y si estos rayos producen cambios en la organización interna de las células reproductivas de las plantas y de los animales, lo que daría por resultado la producción de nuevas especies. Como veis, las vibraciones invisibles tienen una influencia mucho mayor sobre el crecimiento de todos los seres vivientes, de cuanto habíamos sospechado hasta ese momento.

Cuando, en consecuencia, hablan los teósofos de las influencias invisibles en la Educación de los niños, no postulan, como podéis verlo, algo extraño a la Ciencia, sino que señalan dentro de los métodos educacionales aquellos factores invisibles en la Educación, que nadie hasta el presente ha advertido, con excepción de nuestros maestros teósofos.

Cada objeto está continuamente emanando rayos. El color de las paredes del aula está emanando vibraciones. ¿Son ellas benéficas o perjudiciales? ¿Un salón cuyas paredes son amarillas ha de ayudar a los niños a trabajar mejor en matemáticas? Un salón de color verde o azul han de ser mejores para geografía? Estos no son juegos de imaginación, sino por el contrario, problemas que requieran una cuidadosa experimentación.

Desearía destacar una idea en el sistema Montessori que acabo de bosquejar brevemente; consiste ella en que el niño antes de su nacimiento se encuentra constituido no solamente por un embrión físico que vive en la matriz materna, sino también por un embrión psíquico.

Este embrión psíquico se compone de ciertas facultades que son innatas en el niño. El sistema Montessori es valioso en razón del concepto de que el niño no es como una página en blanco en la cual nada se ha escrito, ni como un trozo de arcilla sin moldear; sino que por el contrario el niño, aún desde que es un indefenso recién nacido, posee un carácter innato. El recién nacido quiere crecer, quiere hablar, actuar y comprender. El pequeño no constituye una conciencia pasiva, sino por el contrario, una conciencia activa, por muy débil que ella sea, a causa de la ausencia de la organización en los comienzos de sus células cerebrales.

El niño, entonces, cuando nace, es ya un individuo. Ahora bien, sabemos que cada niño, aún desde sus comienzos, pone de manifiesto ciertas tendencias que nosotros calificamos de buenas o malas, en otras palabras que son sociales o antisociales. Cómo surgen a la existencia del niño estas tendencias, constituye el problema más fascinante, del que no podré ocuparme por ahora. Estas cualidades, sean buenas o malas, yacen dormidas en el niño. ¿Podemos organizar un sistema de Educación, de modo tal, de despertar únicamente las buenas cualidades y no las malas?. En esto consiste especialmente el experimento que se realiza en nuestras Escuelas teosóficas.

Nos encontramos en desventaja a causa de que los padres no comprenden cómo por medio de las vibraciones que de continuo emiten, ejercitan una influencia constante sobre el niño.

Frecuentemente, con las mejores intenciones, traen a la actividad los malos gérmenes latentes en el niño: los gérmenes de la ira, de contrariedad, sexualismo y otros atributo antisociales. Ahora bien, el embrión psíquico del niño es intensamente sensitivo, y los padres y maestros pueden moldearlo en forma benéfica o dañosa. Dice Carlos W. Leadbeater, autorizado escritor teósofo, en su libro *“Nuestra relación con los niños”*, publicado hace cuarenta y un años:

“Por mucho que se diga no cabe exagerar la plasticidad de este embrión psíquico del niño. Sabemos que el cuerpo físico de un niño puede modificarse en gran parte si se empieza a ejercitar desde edad temprana. Por ejemplo, un acróbata, ejercitará a un niño de cinco o seis años, cuyos huesos y músculos no están endurecidos ni rígidos como los adultos y acostumbrará gradualmente al tronco y extremidades a tomar fácilmente y sin molestias toda clase de posturas totalmente imposibles para la mayoría de adultos por mucho tiempo que se ejercitaran. Sin embargo, nuestros cuerpos a la misma edad no diferían esencialmente del de ese niño y si se les hubiese sometido a iguales ejercicios hubieran adquirido la misma elasticidad y flexibilidad, a pesa de que hoy, ya completamente formados, no podríamos por prolongados esfuerzos que hiciéramos, dales la misma fácil elasticidad que tiene el niño de tal suerte adiestrado.

Ahora bien, si el cuerpo físico del niño es tan plástico y fácil de modificar, muchísimo más lo es su naturaleza psíquica, que se conmueve en respuesta a cada vibración que recibe, y es altamente receptiva a todas las influencias, buenas o malas, emanadas de cuantos le rodean. También se asemeja al embrión físico en que si bien en la infancia es tan susceptible y fácil de modelar, muy pronto se endurece y adquiere determinados hábitos que una vez firmemente establecidos es difícilísimo modificar.

Si nos damos cuenta de ello, inmediatamente vemos la suma importancia del ambiente que rodea al niño en sus primeros años, y la enorme responsabilidad de los padres que tienen la fuerte responsabilidad de proporcionar al niño para su desenvolvimiento las mejores condiciones que su situación permita. El infante es como arcilla en nuestras manos que podemos moldear a su voluntad; en cada momento están despertando a la actividad de los gérmenes de cualidades buenas y malas: continuamente se están formando aquellas reacciones que condicionarán toda su vida. De nosotros depende estimular el germen de lo bueno y reprimir el de lo malo. Ni el más amoroso padre es capaz de imaginar hasta qué punto puede controlar el porvenir de su hijo.

Pensad en los buenos amigos que tan bien conocéis y tratad de imaginar qué espléndidos tipos de humanidad resultarían si todas sus buenas cualidades estuvieran enormemente intensificadas y borrados por completo los aspectos menos estimables de su carácter.

Este es precisamente el resultado que podéis conseguir en vuestro hijo si cumplís plenamente con vuestro deber hacia él; en tan magnífico tipo de Humanidad lo convertiréis con tal de tomaros esa molestia.

Pero ¿cómo?, diréis; ¿por el precepto? ¿por la Educación?. Sí, desde luego mucho es posible por estos medios cuando llega la hora, pero tenéis en vuestras manos un poder muchísimo mayor y aplicable desde el instante de nacer el niño, y aún antes: el de la influencia de vuestra propia conducta. Esta influencia está hasta cierto punto reconocida, puesto que la mayoría de las personas civilizadas cuidan de lo que dicen y hacen delante de los niños y sumamente depravado sería el padre que permitiera que sus hijos le oyeran un lenguaje violento o en su presencia se entregaran a un acceso de cólera: pero la mayoría de los padres no se percatan de que para evitar el mayor perjuicio que le cabe causar a sus pequeños, ha de aprender a gobernar sus pensamientos, además de sus palabras y acciones. Es verdad que por de pronto no se advierte el nocivo efecto que un mal pensamiento o deseo produce en nuestro hijo, pero aunque no se advierta allí está, y es más real y más terrible, más insidiosa y de mayor alcance que el daño que la vista natural puede percibir.

Si un padre o madre alberga sentimientos de ira, celos, envidia o avaricia, egoísmo u orgullo, aunque no los exprese abiertamente, las vibraciones que estos pensamientos levantan en su naturaleza emocional influyen eficaz y constantemente en el plástico embrión psíquico de su hijo, cuyas vibraciones sintonizan con las del suyo, actualizando los gérmenes de estos vicios, los cuales determinarán los mismos hábitos siniestros que una vez arraigados serán sumamente difíciles de desarraigar. Sin embargo, esto es lo que ocurre en la mayoría de casos con los niños que vemos a nuestro alrededor”.

Montessori señala repetidamente que los padres son los responsables de toda tendencia antisocial manifestada por un niño. Cita numerosos casos de los sutiles sentimientos de orgullo y resentimiento del padre que quiere dominar y oprimir al niño y de su inconsciente actitud egocéntrica, todo ello en nombre de su Amor al niño. Agrega C.W. Leadbeater:

“Así, pues, habría de tenerse grandísimo cuidado en todo cuanto rodea al niño, y quienes se empeñan en alimentar pensamientos groseros e ingratos, deberían cuanto menos saber que mientras persisten en ellos no están en condiciones de tratar con niños so pena de inficionarlos con un contagio más virulento que la fiebre. Debería procederse con sumo cuidado en la elección de ayas y niñeras a cuyo cuidado han de dejarse a veces los niños: aunque huelga decir que mejor será cuanto menos se dejen den manos mercenarias. A menudo las nodrizas y ayas llegan a sentir hondo cariño por los niños que tienen a su cargo y los tratan como si fueran de su propia sangre, pero esto no ocurre siempre y en todo caso hay que tener presente que la mayoría de dichas sirvientas están menos educadas y menos refinadas que sus amos, y por lo tanto, el niño que está demasiado tiempo en su compañía recibe el constante influjo de pensamientos de orden

indudablemente inferior al nivel de los habituales pensamientos de sus padres. De suerte que la madre que desee ver a su hijo convertido en Hombre de refinado espíritu y delicados pensamientos, lo confiará muy parcamente a manos ajenas, y sobre todo vigilará atentamente sus propios pensamientos cuando esté con su hijo.

Su regla primordial consistirá en no alimentar pensamiento ni deseo alguno que no quiera ver reflejado en su hijo. Pero no basta este negativo vencimiento sobre sí misma, pues afortunadamente, cuando se ha dicho de la influencia y del Poder del Pensamiento es tan verdad en lo referente a los buenos como a los malos pensamientos, y por ello el deber de los padres tiene doble aspecto positivo y negativo. No sólo debe tener el mayor cuidado en rechazar sus propios siniestros pensamientos para no alimentar cualquier mala tendencia que puede tener su hijo, sino que debe cultivar un afecto intenso y absolutamente inegoísta, puros y nobles pensamientos y elevadas aspiraciones, que al influir en el niño despierten y actualicen los gérmenes armónicos en él latentes y determinen las buenas cualidades de que aún carece su carácter.

Pero hay más. No basta que los padres vigilen sus pensamientos, es necesario que dominen igualmente sus emociones y no se muestren malhumorados, pues los niños se dan fácil cuenta de las injusticias y se resienten por ellas. Si al niño se le riñe por una travesura que otras veces fue acogida con risas, queda herido su congénito sentimiento de la inmutabilidad de las leyes de la Naturaleza. Y cuando alcanza a los padres alguna tribulación propia de la Vida, han de evitar en lo posible que caiga también sobre los hijos el peso de su dolor; por lo menos en su presencia deben esforzarse en estar alegres y resignados, a fin de que el velo plomizo de la depresión no se extienda sobre al aura infantil.

También hay muchos padres, bien intencionados, que adolecen del defecto de preocuparse constantemente por cosas sin importancia. Están siempre agitados por menudencias y comunican este mismo estado a los niños. Si pudiesen advertir la inquietud y malestar que todo esto produce en sus mentes, si pudieran también observar el desasosiego que estas vibraciones levantan en las susceptibles emociones de los niños, no se sorprenderían de que éstos de vez en cuando tengan accesos de mal humor y de excitación nerviosa, sino que verían que muchas veces son ellos los responsables de tales accesos.

Es evidente que la Educación del carácter de los padres que estas consideraciones exigen, es heroica por todos conceptos, y que en su esfuerzo por favorecer la evolución de sus hijos se benefician a sí mismos incalculablemente, pues los pensamientos que al principio provocan conscientemente en provecho del niño, pronto se hacen habituales y con el tiempo formarán el fondo de la conducta entera de los padres.

Guardémonos de suponer que estas precauciones puedan relajarse a medida que el niño crece, pues si bien la extraordinaria sensibilidad a la influencia del medio ambiente empieza en cuanto el ego desciende sobre el embrión y con frecuencia mucho antes del nacimiento, sigue en la mayoría de casos hasta cerca de la virilidad. Si durante la primera y la segunda infancia está rodeado el niño de las influencias antes indicadas, al llegar a la pubertad tendrá mucho mejor disposición para realizar los esfuerzos que le esperan, que sus compañeros menos afortunados a los que no se prestó especial atención. Pero no hemos de perder de vista que sigue siendo mucho más impresionable que un adulto, y es preciso continuar la potente ayuda y guías mentales a fin de que los buenos hábitos adquiridos en pensamientos y acción no cedan bajo la presión de nuevas tentaciones que con toda probabilidad le asaltarán.

Es natural que en los primeros años de su vida reciba el niño, de los padres, la ayuda indicada, pero también es verdad que cuanto se ha dicho respecto a los deberes de los padres, se aplica igualmente a cuantas personas viven en contacto con los niños, y muy en particular a los que asumen la tremenda responsabilidad del magisterio. La influencia que, en bien o en mal, ejerce el maestro sobre sus alumnos es incalculable, y según lo ya expuesto, depende más de lo que piensa que de lo que dice y hace. ¡Cuántos maestros censuran a sus alumnos por tendencias que ellos mismos provocaron! ¡Si los pensamientos del maestro son egoístas o impuros, verá el egoísmo y la impureza reflejada a su alrededor y el daño que causan tales pensamientos no se contrae a las personas a quienes afecta directamente!”.

Citaré solamente otro párrafo de nuestro escritor teosófico, porque se refiere a una relación fundamental entre padres e hijos:

“Nunca insistiremos demasiado en que la paternidad entraña una enorme responsabilidad de índole religiosa, por muy irreflexivamente y a la ligera que muchas veces se responsa de ella. Los que traen a un niño al mundo se hacen directamente responsables ante la ley de Dios de las oportunidades de evolución que deben proporcionar al Ego, y mucha será la penalidad con que habrán de cargar si por descuido o por egoísmo ponen obstáculos en su camino o dejan de prestarle toda la ayuda o guía a que tiene derecho. Sin embargo, ¡cuán a menudo olvidan hoy los padres esta obvia responsabilidad! ¡Cuántas veces un hijo no es para ellos más que un motivo de fatua vanidad u objeto de irreflexivo abandono!”.

En su último libro "El Niño", Montessori señala una muy notable circunstancia, diciendo:
"El Hombre, que hasta ahora ha construido únicamente un mundo para el adulto, debe emprender la construcción de un mundo para el niño".

Pero, ¿por qué hemos de ocuparnos con tal preferencia del niño? ¿Y los pobres, los enfermos, los ciegos y los lisiados? ¿Por qué del niño en particular? Por una razón que trataré de explicar: el mundo en que vivimos es un mundo imperfecto. La inmensa mayoría de las gentes lo acepta tal como es y no ansían mejorarlo. Pero algunos no podemos sentirnos felices mientras exista tanta miseria y degradación que podría evitarse. Anhelamos trabajar en alguna reforma. Para ello necesitamos clara visión y energía. En lo que a clara visión se refiere, existen tantas teorías reformistas que producen cierta confusión, y por lo tanto, quisiéramos saber cuál de ellas podría allegar el mayor bien en el más breve tiempo. En cuanto a energía, es tan vasto y abrumador el problema de la reforma social, que a menudo nos desanimamos, convencidos de que perdemos el tiempo queriendo hacer algo.

Esa clara visión y esa energía que necesitamos nos la proporcionará el niño. Pues, de un modo místico, los niños pueden abrir para nosotros un libro de Sabiduría, y de sus caritas radiantes de Felicidad surgirán rayos de Fortaleza que nos infundirán Valor.

Vivimos en un mundo de acción diariamente agobiados por múltiples deberes y ocupaciones, y fácilmente olvidamos que este mundo de acción tiene su raíz en un mundo espiritual. Toda inspiración para hacer lo mejor y ser mejores no la recibimos de este mundo visible y material, sino de un mundo espiritual, invisible. A veces se le llama a ese mundo "Dios" y se denomina "Religión" al puente tendido entre nuestro mundo y El.

Existen muchas formas de Religión. En la India antigua vemos que el Instructor representaba al "Santa Sanctorum" y que quien quiera encontraba a su Instructor, a su Gurú, encontraba a Dios. Este puente sigue existiendo en la India. En la antigua Grecia, el puente entre el Hombre y Dios era el Joven. En el Cristianismo de la Edad media, en la época de los trovadores, ese puente era la Mujer, y hoy día sigue siéndolo para muchos hombres.

De la propia manera, el Niño es hoy el novísimo puente entre Dios y el Hombre. He aquí uno de los secretos del mundo actual y para revelarlo se hicieron niños Cristo en Palestina y Krishna en la India.

Si Dios, la indescriptible majestad del Universo y fuente de toda Verdad y Belleza, "se hizo Carne" y durmió en una cuna y jugó como niño en Palestina y en India, fue para demostrar que en todos los niños reside algo de la naturaleza de Cristo y de Krishna. Si supiéramos dirigir nuestras miradas en nuevo sentido y descubrir el "Secreto de la Infancia", veríamos que los niños son algo más que niños. Son mensajeros de un reino de Belleza, Fuerza y Sabiduría, y nos pueden llevar de la mano hasta la cumbre de Pisfah y hacernos contemplar el país de nuestras esperanzas y ensueños. Si sabéis amar a los niños, o si no los amáis, sabéis al menos contemplarlos maravillados y deseosos de comprenderlos, estaréis muy cerca de Dios. No es necesario acudir a la Iglesia, o al Templo o a la Mezquita, para encontrarle, ni es preciso abandonar la populosa ciudad, pues cualquier niño os dirá dónde está Dios. Yo sé dónde está Dios para mí: los niños me enseñan el Camino.

Lo mismo puede ocurrirnos. Si la Religión no os dice nada, dirigíos hacia los niños; en ellos encontraréis una nueva y exquisita religión que os revelará el mundo en toda su Juventud y Belleza. ¡Oh! Si fuéramos capaces de construir el mundo perfecto para todos! Es cierto que lo lograremos algún día. Los Agentes de Dios, los niños de hoy llevarán a cabo la grandiosa obra si sabemos prestarles la ayuda que ahora impetran de nosotros mientras son pequeños. Porque así, cuando sean Hombres y Mujeres triunfarán en la empresa en que nosotros fracasamos.

Así os revelo este grandioso Misterio de la Vida de hoy día: Los Agentes de Dios – Los Niños".

- (1) *Esta frase "actitud mental negativa" parece absurda. Pero es esencial en el sistema Montessori que la mente no imponga, cuando el maestro mira al Niño, sus ideas ya aceptadas. El maestro debe mirar al niño muy atentamente con una mente despierta, expectante, no pasiva y menos pensando con ideas particulares. No obstante, la mente así "negativa", está toda pronta a pensar, inmediatamente que la Intuición – aquella "Iluminación Divina" – manda un rayo de Luz sobre el asunto.*
- (2) *Se refiere a una escena relatada en el libro. Un niño que se despierta temprano va a besar a sus padres, pero éstos le riñen. "¿No te dije que no me despertaras por la mañana?" El niño responde: "No te desperté, sólo te toqué pues quería darte un beso".*

www.santimonia.com

Fuente de Alimento Espiritual

